

Autonomía universitaria: una asignatura pendiente

SIGIFREDO **ESQUIVEL MARÍN***

El presente artículo busca dilucidar la autonomía y la autocreación como núcleos centrales de las significaciones imaginarias de la educación superior, y en particular de la universidad pública, a partir de reivindicar a los sujetos sociales de la educación como agentes de transformación social. En un contexto de crisis de la educación pública crítica y autónoma es fundamental replantear el sentido crítico de la educación. Al margen del capitalismo colonial neoextractivo y la modernidad periférica se trataría de generar alternativas frente a la reconversión de la universidad, la Educación y el Sujeto en mercancías dentro del modelo neoliberal empresarial, para ello consideramos urgente darle un sentido práctico al pensamiento filosófico, de forma particular al que se asume como heredero de la tradición crítica latinoamericana.

Para mis compañeros docentes de la Maestría en Docencia y Procesos Institucionales.

Introducción

Hoy más que nunca, urge replantear el sentido social y político de la universidad pública en y desde los márgenes del capitalismo colonial y la modernidad periférica. A cien años de la declaración de la autonomía universitaria en Córdoba, Argentina, se trataría de repensar el sentido de la autonomía y la función de la universidad pública en el contexto de América Latina y de cara a los temas y problemas de la dinámica del capitalismo transnacional y neocolonial contemporáneo. Después de varias décadas del debate modernidad-posmodernidad y de haber padecido las recurrentes crisis estructurales del capitalismo colonial y neoextractivo, estamos a un paso de sepultar el proyecto de universidad pública bajo una tecnocracia universitaria

«más papista que el Papa» que se pliega a las políticas educativas empresariales y neoliberales y despliega una maquinaria biopolítica de control educativo bajo la égida de la calidad y la evaluación, en tal contexto se impone repensar el sentido ético-político del proyecto modernista de universidad en estos tiempos de debacle y despolitización posmodernistas. Al margen del capitalismo colonial neoextractivo y la modernidad periférica, habría que pensar alternativas para reorientar el papel de la universidad bajo la crisis de los grandes relatos de la modernidad eurocéntrica. Creemos, pues no se trata solamente de una postura personal, sino la de un grupo de personas, que la función y finalidad del saber y de la universidad tiene que trascender el esquema del mercado laboral y regresar

*Docente investigador, Unidad Académica de Docencia Superior y Unidad Académica de Psicología, Universidad Autónoma de Zacatecas

su sentido, que hacer e identidad a la sociedad y propiciar la emergencia de una ciudadanía crítica. En este sentido habría que recuperar la función original de la filosofía práctica para saber vivir y convivir mejor; utilizar la filosofía de la educación como pensamiento crítico ético-político en clave decolonial y de autocreación social para repensar otro modelo educativo en aras de otro mundo posible. Claro está, no se trata de reinventar «el agua tibia», todo lo contrario, se trata de retomar las diversas tradiciones de pensamiento de lo que Martí llamaba *Nuestramérica* como un arsenal complejo, heterogéneo y poderoso para ir articulando una caja de herramientas teórico-prácticas a la altura de las circunstancias. La tarea es enorme, pues, en principio, hay que ejercer el arte de pensar como arte de creación afirmativa y, a la par, desintoxicarse de tanta tara ideológica intelectual que tragamos como teoría normativa. Y justo ahí, el sujeto social es la clave para potenciar la renovación del tejido social y la producción de una subjetividad creacionista. El ejercicio político-académico que requiere la Universidad Autónoma de Zacatecas (UAZ) conlleva una nueva sinergia entre la comunidad universitaria, la sociedad y el gobierno estatal y federal, y todo ello desde una inédita correlación de fuerzas sociales y políticas en aras de un proyecto de universidad pública social crítica. Lo cual, bajo las actuales circunstancias, está muy lejos de volverse realidad, dadas las circunstancias presentes de inercias, conformismo generalizado, apatía institucional y clientelismo.

Recuento de tradiciones, traiciones y contradicciones

El lunes 19 de febrero de 2018 en el Teatro Calderón de la ciudad de Zacatecas se inició, salida en falso, «el proceso del foro de reforma universitaria» y se firmó un manifiesto en defensa de «la universidad pública en la agenda del desarrollo nacional». El mensaje unánime del evento es claro: visibilizar la problemática de las universidades públicas en México y generar propuestas alternativas. Llamó la atención que justo un año antes de iniciar las campañas electorales inter-

nas en la UAZ, por fin el rector Antonio Guzmán Fernández parecía haber despertado del sueño de los justos e intentar, o por lo menos ostentar, tomarse en serio su papel de líder de la máxima casa de estudios en Zacatecas y, sobre todo, llamaba doblemente la atención que la defensa de la autonomía de la universidad pública esgrimida contrasta con la política institucional de heteronomía y sobredeterminación burocrática en la UAZ de cerrar programas y centros que no estén certificados por organismos evaluadores externos. Por desgracia, no pasó de ser una llamarada de petate —como decían en el rancho. Peor aún, el ataque a programas y centros de trabajo desde los criterios impuestos por la federación y las políticas educativas hegemónicas muestra que más bien se ha tratado de una estrategia política para radicalizar la heteronomía de la universidad; en este sentido, el cierre inminente de un programa con la tradición que tiene la Maestría en Docencia y Procesos Institucionales y luego Maestría en Humanidades y Procesos Educativos, nos muestra que hoy la universidad pública está en peligro, por lo menos esa universidad pública que otrora fuera popular, crítica, autónoma y con sentido social. Por nuestra parte, consideramos que es fundamental contribuir al diálogo crítico sobre la situación actual de la universidad pública, y de manera específica de la UAZ, puntualizar ideas, propuestas, intuiciones, argumentos, ejemplos y contra-ejemplos para repensar la universidad como un proyecto fundamental en la región centro-norte del país, pues el presente y porvenir de la UAZ afecta directa e indirectamente a una región que aglutina a Zacatecas y a varios estados circunvecinos. Asimismo, consideramos que la situación de la UAZ, y de manera general de la universidad, hoy está signada y asignada por una correlación inédita de fuerzas que constituyen un entorno complejo a partir de la sobredeterminación ideológica y sociopolítica que configura el sistema-mundo-capitalista actual.

Por ende, repensar alternativas para salir de la crisis exige tener una lectura de conjunto sin olvidar la especificidad de un campo específico de enunciación e interlocución. Se pretende generar un diagnóstico y abrir pequeños entresijos que avizoren otro porvenir, pues se asume que la historicidad tiene la maleabilidad y plasticidad creativa que los sujetos sociales puedan potenciar. Por ende, la realidad nunca está dada del todo, sino que siempre está haciéndose, gestándose, rehaciéndose. El horizonte está abierto a las potencias y estrategias de subversión de los actores implicados. Jamás es un dato fijo ni mucho menos definitivo, de ahí que este artículo se encuentre en la oscilación perpetua entre lo posible, lo real, lo deseable y lo utópico.

Hace cien años, en junio de 1918, dirigiéndose al pueblo argentino, un grupo de estudiantes en la Universidad de Córdoba proclamaba:

«Hombres de una república libre, acabamos de romper con la última cadena que en pleno siglo XX nos ataba a la dominación monárquica y eclesiástica. Los dolores que nos restan son las libertades que nos faltan».

Grupo de estudiantes en la Universidad de Córdoba dirigiéndose al pueblo argentino, junio de 1918.
Fotografías: AGN Argentina



Hombres de una república libre, acabamos de romper con la última cadena que en pleno siglo XX nos ataba a la dominación monárquica y eclesiástica. Los dolores que nos restan son las libertades que nos faltan. Creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón así nos lo advierten: estamos pisando una revolución, estamos viviendo una hora americana».¹

¹ Hugo Aboites, «El futuro de la universidad en América Latina», *Revista Acción Educativa*, núm. 8, 2008.

A partir de entonces, las universidades latinoamericanas se han aventurado en su redefinición en consonancia y disonancia con los movimientos sociales emergentes. El espectro de Córdoba recorre América, con sus utopías y anhelos de libertad, democracia, justicia e inclusión sociales y, sobre todo, con la participación de los jóvenes estudiantes como sujetos políticos clave.

Corren otros tiempos, tiempos sombríos —como dirían Arendt y Brecht. Recuperar el sentido

crítico de la educación desde la reivindicación de los sujetos y la vindicación de su potencial crítico sigue siendo una asignatura pendiente.

La UAZ es un claro ejemplo del triunfo del discurso neoliberal con ropajes de un populismo extinto. Su rectoría se pliega a las directrices oficiales, al tiempo que edulcora un discurso político demagógico, cuyo significado vacío termina por servir de engranaje en el sistema educativo mexicano. Las ideologías neoliberales y populistas se entremezclan diluyendo toda posible toma de conciencia crítica justo para dejar las cosas tal y como están; se impone, como diría mi estimada colega, Alejandra Krause, la ideología del fracaso bajo el sutil encanto de la melancolía y el nihilismo posmoderno. Ahora bien, los proyectos de reforma educativa impulsados en la UAZ no han sido evaluados de manera sopesada ni tampoco ha habido seguimiento. Se requiere recuperar la memoria colectiva, distinta y distante de la memoria histórica, con miras a la reconstrucción de un horizonte abierto de universidad pública.

Horizontes de diálogo

En América Latina la universidad se ha convertido en traductora oficial de las teorías y disciplinas europeas (y ahora estadounidenses), negando nuestras particularidades y circunstancias específicas y, por si fuera poco, las universidades han impedido la emergencia de un pensamiento propio atento a las dinámicas locales. El pensamiento universitario occidental ha buscado impedir un pensamiento universitario no occidental. En lugar de leer las particularidades de la realidad latinoamericana a fin de producir teorías propias, nos hemos sumido en una cansina repetición acrítica, pero no todo está perdido, también se ha intentado desarrollar teorías capaces de transformar el pensamiento universitario colonizado.

En el debate actual sobre la función de la universidad está presente el debate entre el mercado y la democracia occidental. Según Jacques Derrida,² tal problemática no se reduce a una

cuestión política, técnico-económica, o incluso técnico-militar, aunque atraviesa todas estas cuestiones. En su país, Francia, dicho debate se organiza en torno a lo que se denomina la finalización de la investigación: «Una investigación <finalizada> es una investigación autoritariamente programada, orientada, organizada con vistas a su utilización, ya se trate de técnica, de economía, de medicina, de psico-sociología o de poder militar».³

La cuestión de fondo es que si ya no se puede mantener el orden que Kant intentaba trazar entre los esquemas técnico y arquitectónico bajo una organización sistemática de la universidad, tampoco se puede sostener la arquitectónica de la razón pura autónoma y los fines esenciales y nobles de la razón que dan lugar a una ciencia fundamental. Hoy en la misma universidad, los poderes aparentemente extrauniversitarios intervienen de forma cada vez más decisiva. En Estados Unidos, recuerda Derrida,⁴ «los programas militares, especialmente los de la marina, pueden sostener de modo muy racional investigaciones lingüísticas, semióticas o antropológicas. Estas son inseparables de la historia, de la literatura, de la hermenéutica, del derecho, de la ciencia política, del psicoanálisis». Empero, no se trata de rechazar el avance tecnocientífico o regresar a la dimensión instrumental o cierto origen preinstrumental auténtico. Nada precede de forma a la instrumentalización técnica: «Al igual que el nihilismo, el irracionalismo es una postura simétrica y, por consiguiente, dependiente del principio de razón».⁵

Al dilucidar sobre la autonomía de la universidad, siguiendo, una vez más, a Derrida, se trata de crear una comunidad de pensamiento más que de investigación, de ciencia o de filosofía, ya que dichos valores están muy a menudo sometidos a la autoridad no cuestionada del principio de razón. Una comunidad que indague acerca del principio de razón, la finalidad, lo fundamental y el sentido del fundamento. Destaca la cuestión del pensamiento, la cual no se reduce ni a la técnica, ciencia o filosofía. Se trata de nuevas responsabilidades que exceden las académicas. Advierte Derrida sobre la urgencia de replantear la relativa autonomía de los dispositivos del saber y del pensamiento en y desde la universidad, sólo puede pensar libremente la autonomía, liberándose de la noción moderna de autonomía y racionalidad instrumental. La universidad y los universitarios únicamente pueden concederse la oportunidad de la reflexión a través de un riguroso ejercicio de disociación intempestiva. El tiempo de la reflexión, aquí, no significa sólo que el ritmo interno del dispositivo universitario es relativamente independiente del tiempo social y reduce la urgencia de la entrega, le asegura una libertad de juego grande y valiosa; habría que anteponer

³ Jacques Derrida, *Cómo no hablar. Y otros textos*, Barcelona, Proyecto A, 1997, p. 127.

⁴ Jacques Derrida, *Universidad sin condición...*, p. 130.

⁵ Jacques Derrida, *Cómo no hablar...*, p. 132.

² Jacques Derrida, *Universidad sin condición*, Madrid, Trotta, 2010.



A partir de 1968 ha habido una serie de movimientos sociales, obreros, indígenas y estudiantiles en nuestro país que han creado un fenómeno incipiente de sociedad civil. La universidad pública tiene que acometer el llamado de universalidad del saber y del hacer humano.

el valioso tiempo de la reflexión al tiempo y experiencia de la racionalidad instrumental, y es aquí donde la universidad pública desde los sujetos sociales puede transformar el sentido de la educación. Desde luego que no se trata de buscar, mucho menos creer tener, una llave mágica que resolvería los conflictos institucionales en la universidad, la puesta en acto del conflicto y la problematización interminables, forman parte de la propia estructura y dinámica de un espacio social crítico como el que tiene que propiciar la universidad pública.

Ideología de la eficiencia frente a la autonomía

La ideología de la eficiencia y de la calidad («trabajar más con menos» y obtener mejores resultados) deviene de una dinámica inherente del capitalismo integrado cognitivo que hace de todo, incluyendo el conocimiento y los seres humanos, mercancías dentro del circuito de una economía planetaria ecocida y genocida. En estos tiempos posmodernos de neblina posmetafísica, con el llamado fracaso del socialismo real, se suele creer que estamos más allá de las ideologías, pero quizá dicho diagnóstico sea ya parte de una

estrategia ideológica global denominada neoliberalismo o ultraliberalismo (¿acaso el culmen de la ideologización no sea blanquear —como se lava el dinero sucio del crimen organizado— el vocablo «globalización» y hacerlo pasar por concepto científico?).

Hoy más que nunca las ideologías forman y conforman la producción de subjetividades sociales, dado que como nos recuerda Žižek:

El concepto mismo de ideología implica una especie de *naïveté* básica y constitutiva: el falso reconocimiento de sus propios presupuestos, de sus propias condiciones efectivas, una distancia, una divergencia entre la llamada realidad social y nuestra representación distorsionada, nuestra falsa conciencia de ella.⁶

Bajo tal contexto, Žižek aduce que la creencia generalizada de que vivimos en una sociedad postideológica procede de una excesiva rapidez y de una razón cínica que refuerza el orden establecido, al tiempo que despolitiza la participación crítica consciente. La fantasía ideológica de

⁶ Slavoj Žižek, *El sublime objeto de la ideología*, México, Siglo XXI, 2012, p. 55.

creer estar más allá de la ideología conforma y confirma el estado de cosas existente.

En este sentido, el fenómeno creciente de una mezcla de despolitización y de fragmentación está en todos los ámbitos y esferas de la vida humana, desde la vida íntima y privada hasta la esfera pública, pasando por la salud, el trabajo y la educación. La educación es un ejemplo paradigmático de la presente situación. La ideología *de la eficiencia y de la calidad* educativa actúa como un doble mecanismo de control normativo social y de pauperización laboral, atraviesa todos los niveles y sectores educativos: desde la educación básica hasta la educación superior. Ingenuamente, algunos llegaron a creer que la reforma educativa sólo afectaría a los profesores de primaria, secundaria y preparatoria; craso error que forma parte de la misma estrategia ideológica de control social de fragmentar, desinformar, parcializar, polarizar.

Se fragmenta y se divide al profesorado en los que están a favor de una supuesta reforma educativa y los «malos maestros» que están en contra. El descrédito social del profesorado responde a diversos intereses desde las altas esferas de un Estado mexicano gerencial neocolonial en comparsa con intereses de sectores empresariales reaccionarios, pero en los últimos 30 años se ha profundizado el encono y linchamiento mediático social contra el magisterio mexicano. Si bien es cierto, lo anterior es únicamente una parte del embrollo en el que estamos metidos como profesores y como sociedad, la otra parte de la pinza ideológica de control normativo social es la pauperización y precariedad laboral, situación que adquiere el disfraz académico de «flexibilidad sociolaboral» y «perfil polivalente». Una vez más, cuidado con las palabras, pues los aparatos ideológicos del Estado —que tan lúcidamente había analizado Louis Althusser,⁷ que es injustamente olvidado y desdeñado, y claro que esto conviene al orden establecido— hoy sirven a una nueva sinergia de Estado protector del capitalismo transnacional imperialista y neocolonial, por lo que lejos de desaparecer las fronteras, trabas e imposiciones, se radicalizan las formas de rapiña y explotación con una fiereza que la vieja noción de «capitalismo salvaje» queda corta. Pues ahora tener trabajo y ser explotado habría que verlo como una bendición.

Lo anterior nos debería quedar claro después de los comentarios de funcionarios federales tanto del gobierno de Enrique Peña Nieto como de Andrés Manuel López Obrador que, más allá de sus aparentes diferencias, tienen un mismo tono de contundente réplica ante la actual situación financiera de la UAZ y la viabilidad de su futuro. Y otra vez más, la ideología actúa, establecen sus vasos comunicantes en la micropolítica cotidiana, pues sustituye el lenguaje de las consignas e imposiciones por la aséptica neutralidad descripti-

⁷ Louis Althusser, *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2003.

va de la información de un estado de cosas que, encubriendo su contingencia, se hace pasar por necesario y definitivo. Las declaraciones de los funcionarios resultan sintomáticas al respecto:

La Universidad Autónoma de Zacatecas (UAZ) tiene salvamento, siempre y cuando se pueda adelgazar el gasto en nómina, comentó el subsecretario de Egresos de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público (SHCP), Fernando Galindo Favela.⁸

Pero ahora, en lo que tendría que ser un gobierno progresista, el mensaje de los funcionarios actuales, más allá de cierta retórica populista y más acá de las ocurrencias del actual presidente de la República, es coherente y consistente con las políticas educativas neoliberales y se señala exactamente lo mismo que ya se venía argumentando en anteriores administraciones federales: «La UAZ debe ir en aras de ser más eficiente, lo que significa trabajar más con menos».⁹ ¿Qué significa «trabajar más con menos»? ¿Y de qué manera esto contribuye a la eficiencia y a la calidad en la administración de los recursos? ¿Acaso la producción académica, la docencia, la investigación, la gestión y tantas otras formas de creación social que genera la universidad se pueden reducir a su utilidad sociolaboral? Y si así fuera, ¿quién o qué definiría los criterios y en función de qué valores axiológicos? En todo caso, su elucidación obedece a una misma lógica de desentrañar «la racionalidad instrumental» subyacente como su argumento central. Ya en su célebre obra homónima, Horkheimer¹⁰ hace una *Crítica de la razón instrumental* como un elemento que al convertir el medio en fin puede conducir a la deshumanización, la barbarie y la irracionalidad extremas. Al parecer, las consecuencias, que otrora parecían apocalípticas, han

⁸ Sigifredo Esquivel Marín, «La UAZ: ¿es posible conjurar el desastre?», *La Jornada Zacatecas*, 30 de agosto del 2017, en <http://ljz.mx/2017/08/30/la-uaz-es-posible-conjurar-el-desastre/>

⁹ Dante Godoy, «Necesario, recortar nómina en la UAZ», *NTR*, 8 de agosto de 2017, en <http://ntrzacatecas.com/2017/08/08/necesario-recortar-nomina-en-la-uaz/>

¹⁰ Max Horkheimer, *Crítica de la razón instrumental*, Madrid, Trotta, 2002.

terminado por radicalizarse de una forma tan brutal e ineluctable que cada vez queda un margen de maniobra menor, incluso ahora ya las estrategias de simulación o de resistencia han quedado neutralizadas y superadas por la dinámica imperante.

La UAZ ha transitado por la implementación de varios modelos y proyectos de universidad, de un modelo de universidad popular y de izquierda a un modelo de eficiencia productivista neoliberal de derecha. En la actualidad se puede ver la ausencia de un proyecto de universidad pública, crítica, democrática y popular. La autonomía universitaria se ha hipotecado. Se impone un modelo neotecnocrático que privilegia la ideología del productivismo. Lo cual no significa que las condiciones académicas necesariamente se vean fortalecidas, más bien indican lo opuesto. De hecho el mundo contemporáneo cada vez más se mimetiza con las ficciones postapocalípticas del cine posmoderno. Hemos pasado de luchar por tener condiciones laborales dignas a la lucha por la supervivencia, sin más. El patrón está para recordarnos *el privilegio* que tenemos de poder ser explotados.

El modelo eficientista productivista, el cual tampoco es más productivo ni más eficiente, se traduce en una serie de dispositivos de competencia meritocrática que favorecen el individualismo y la despolitización del profesorado. De manera particular en la UAZ, pues cada universidad tendría un contexto geopolítico específico de adaptación y adopción del modelo, se genera un clima de incertidumbre donde el rector Antonio Guzmán Fernández y los funcionarios se convierten en administradores de la crisis e imperan las respuestas y soluciones inmediatistas y de corto plazo. Se carece de un proyecto de largo plazo de universidad pública social comprometida con el desarrollo socioeconómico, educativo y cultural en Zacatecas. Desde luego que hay quienes consideramos la urgente necesidad de rehacer el proyecto de universidad, pero no desde las esferas gubernamentales federales o desde los intereses de la clase empresarial y sus mediadores en el gobierno federal y estatal sino desde la sociedad y la comunidad universitaria en su conjunto, profesores, estudiantes y trabajadores en general. Habría que poner en claro los términos de la discusión pues se hace un uso indiscriminado y poco crítico de muchos conceptos y preceptos que merecen una discusión pormenorizada.

Desde luego que hay personas directamente responsables del curso de las cosas en la universidad, tanto en la presente administración como en las anteriores, pero más que buscar culpables, en este momento crucial, se trataría de contribuir a la intelección de un diagnóstico analítico-crítico, y luego plantear alternativas frente a la crisis estructural generalizada y creciente. Se impone rehacer la discusión del proyecto de universidad más allá del modelo empresarial neoliberal eficientista productivista y retomar el proyecto de universidad social que dio origen a la UAZ. Frente a la conformación de identidades políticas verticales, rígidas y autoritarias (de corte peligrosamente neofascis-

ta), hoy más que nunca, urge potenciar primero la conformación de una identidad universitaria, que el eslogan «Orgullosamente UAZ» sea realmente una palabra-fuerza —como diría Freire—, y luego potenciar identidades políticas horizontales, democráticas, críticas, creativas y pluralistas. El pluralismo cultural y político que fue una de las consignas en las décadas de los ochenta y noventa se ha dejado de lado; habría que volver a la lectura del libro *Pluralidad y universidad*, coordinado por el compañero universitario Manuel Martínez Delgado,¹¹ cuando la inclusión de todos y en particular de las minorías activas eran temas de discusión. Lejos de ahondar en el quehacer democrático, autogestivo y autoparticipativo, en las últimas décadas se ha profundizado en lo contrario, a saber, se impone una estructura académica donde se privilegia lo burocrático-administrativo, se centraliza el poder y la toma de decisiones, los consejos de unidad y el consejo universitario cada vez tienen menos autonomía y menos participación crítica democrática. Se impone un modelo de muerte académico-laboral donde los patrones, rector, funcionarios y directores, como ya no tienen el poder de «dar chamba», ahora les queda el mísero micropoder de despedir gente, así que se implementan una serie de dispositivos de control y fiscalización próximos al acoso laboral. En el hipercapitalismo, la hiperexplotación laboral humana alcanza límites indecibles: el capitalismo extractivo no sólo está en las empresas mineras transnacionales que hacen y deshacen los recursos naturales y humanos en la región de Zacatecas a su antojo, por encima del gobierno estatal; ahora el capitalismo extractivo y de despojo ha llegado para quedarse al ámbito educativo privado y público, desde la educación básica hasta la educación superior. Lo más terrible y lamentable del asunto es que los propios académicos que tendrían que ser la voz crítica, propositiva y contestataria, asuman como «normales», «naturales» o «necesarias» las exigencias normativas institucionales o para-institucionales y de organismos internacionales

¹¹ Manuel Martínez Delgado, *Pluralidad y universidad*, México, La Jornada, 1995.

como la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) y el Banco Mundial (BM). La actual política interna en la UAZ de considerar a los programas «no acreditados» como programas de segunda categoría y de duplicar el número de horas clase frente a grupo, así como de exigir más trabajo en clases, asesorías, tutorías, reuniones de academia, investigación y otras actividades, lejos de crear las condiciones más favorables y dignas de trabajo, radicaliza la explotación laboral y genera un *maquinismo chambista* que nada contribuye a la creación crítica e innovación de conocimientos y la formación de ciudadanía activa y democrática.

Requerimos que la comunidad universitaria, en particular el profesorado, despierte de su sopor pequeñoburgués neoliberal y se constituya como sujeto político constituyente, para ello se requiere que los profesores de a pie, que no detentamos ni ostentamos —ni tampoco lo pretendemos— ningún otro cargo que el poder del gis y del pizarrón, asumamos una postura crítica comprometida con una nueva participación ético-política en las diversas actividades académicas y culturales de nuestra máxima casa de estudios. Necesitamos ir más allá del acoso laboral y del miedo a perder el trabajo para poder pensar con alegría soberana y potencia de subversión del orden establecido. Solamente la imaginación social crítica colectiva es capaz de generar alternativas reales frente a la crisis. El pragmatismo político y la ausencia de una perspectiva crítica del rector de la UAZ y sus funcionarios nos deben aleccionar para entender que si hubiese una salida favorable a la comunidad universitaria no puede venir desde arriba ni por mandato institucional.

La participación activa de la comunidad universitaria sigue siendo una asignatura pendiente, mientras se deje en manos de tecnócratas con ambición de poder las decisiones fundamentales seguiremos privilegiando intereses ajenos al desarrollo pleno de la educación superior en la UAZ. A partir de 1968 ha habido una serie de movimientos sociales, obreros, indígenas y estudiantiles en nuestro país que han creado un fenómeno incipiente de sociedad civil. También asistimos a la incipiente participación contestataria del orden establecido y del pensamiento hegemónico desde diversos sectores, como las comunidades indígenas, las minorías sexuales, raciales y culturales. La universidad pública tiene que acometer el llamado de universalidad del saber y del hacer humano. Y la UAZ en particular tiene que potenciar una revolución social, cultural e intelectual en la región centro-norte del país. Es tiempo ya de que dejemos el muro de las lamentaciones y asumamos con dignidad, valor, alegría y responsabilidad por el mundo, por los demás y por las futuras generaciones otro rumbo en la UAZ, con todas las deficiencias, errores y errancias, tenemos el potencial para replantear el camino. Hay que retomar el espíritu creador de la reforma universitaria fallida, porque más allá de las definiciones del concepto de *universidad*, éste se abre como

un espacio discursivo e instituyente de autointerrogación de la sociedad humana; recordemos que el camino y la utopía se hacen en la marcha de Zacatecas.

(Lejos de) Conclusiones

Estamos asistiendo a una transformación estructural de todos los ámbitos de la sociedad actual, de forma particular, la educación sufre una sobredeterminación estructural que afecta por completo el sentido y finalidad de los procesos y prácticas de la educación, y reduce a los sujetos a meros operarios técnicos de una producción del conocimiento que ha devenido mercancía. En tal contexto, la educación superior pierde el sentido y finalidad de la formación de valores humanos orientados hacia la creación de una ciudadanía crítica, hipotecando su sentido y finalidad en la égida de una racionalidad instrumental tecnocientífica al servicio del capital. Y de manera aún más específica, la educación pública ha terminado por reconvertirse bajo el marco normativo de una racionalidad empresarial neoliberal bajo los mandatos autoritarios de la ideología de la calidad, la eficiencia y la productividad.¹² La defensa de la autonomía de la universidad pública hoy se juega en la clausura, real y simbólica, de programas, planes, centros de trabajo y espacios académicos que no aportan «nada a los indicadores de las políticas hegemónicas», según criterio de tecnócratas «más papistas que el Papa». De ahí la urgencia de abrir espacios de interlocución entre sociedad, universidad e imaginación crítica de los actores sociales. El trabajo apenas comienza, consistiría en generar agendas de discusión que logren hacer corto-circuito entre teoría, práctica y sujetos hacia otro modelo de universidad, y por qué no, también hacia otro modelo de sociedad. 🐦

¹² Marco Jiménez y Ana María Valle, *Sociología y cultura. Transformar la universidad*, México, Juan Pablos Editor/UNAM, 2015.